

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (B)
Homilía del P. Joan-Carles Elvira, prior de Montserrat
24 de mayo de 2009
Hch 1:1-11 / Ef 4:1-13 / Mc 16:15-20

Entre las muchas películas sobre san Francisco de Asís, hay una -por cierto con mucho éxito- que comienza con Francisco y Clara de pequeños, que juegan en la plaza de Asís. Francisco cuelga de una especie de columpio, boca abajo, y comienza a reír. Clara, extrañada, le dice: "¿Por qué ríes, Francisco?" Y él, que lo ve todo al revés, le responde: "Clara, ahora lo entiendo: es el cielo el que sostiene la tierra ...". También nosotros, hermanos y hermanas, somos emplazados hoy por la Palabra de Dios a cambiar nuestra manera espontánea de ver las cosas y dejarnos interpelar por el mensaje de la solemnidad de la Ascensión. ¿Cómo podríamos expresar el contenido de esta fiesta con un lenguaje cercano a nuestros contemporáneos, que no ven en la Ascensión más que un relato mítico, propio de unas creencias que pertenecen al pasado? O aún más importante, ¿de qué manera la celebración de hoy puede comunicar esperanza a la persona que ha perdido el trabajo a raíz de la crisis, o que padece una enfermedad grave, o que acaba de perder un ser querido? ¿Qué les diría, a personas en una situación parecida y que quizás incluso escuchan ahora esta homilía?

En primer lugar les diría que una visión de la realidad en la que sólo existe lo terreno es muy pobre porque no responde a las aspiraciones infinitas del corazón humano. La mayoría de problemas de la humanidad provienen del intento de saciar esta sed de infinito con bienes mundanos que más bien limitan nuestras posibilidades humanas. En cambio, ver la tierra sostenida por el cielo no conlleva, como piensan algunos, una huida de la realidad sino que es la condición necesaria para tener unas justas perspectivas de nuestro mundo y hacerlo así habitable de manera digna. Claro que esto supone la fe en un Dios Creador que quiere lo mejor para nosotros. Y es que comprender la tierra y la propia vida desde Dios puede desencadenar procesos personales que llevan muy lejos. Lo vemos en la Biblia, cuando Dios promete una tierra a su pueblo después de haber establecido con él una Alianza perpetua de fidelidad. Comienza así el largo y exigente proceso de educación de Israel: habitar la tierra sin apropiársela, es decir, sin olvidar que es don de Dios. Lo importante aquí no es la tierra sino la Alianza, por la que Dios nos manda que habitemos la tierra con santidad y justicia. El cielo que sostiene la tierra no es otra cosa que el recuerdo constante de esta Alianza. O lo que es lo mismo, lo que da la felicidad al ser humano no radica en el ámbito de las posesiones materiales sino en el ámbito de de Alianza, es decir, en las relaciones interpersonales basadas en el amor. No hay relación interpersonal más plena ni más libre que la que comporta el abandono confiado en el otro. La fe en el Dios de la Alianza supone este abandono incondicional. Por la fe confesamos y sabemos que Dios no se desentiende de su creación, al contrario, Él es Providencia que vela por nosotros, su Alianza nos guarda. Él nos educa como un padre educa a su hijo: no permite que nos apropiemos del don recibido de la tierra, es decir, no lleva a su cumplimiento todos nuestros deseos pero cumple siempre sus promesas. Y es precisamente así como llegamos a amar de verdad la tierra.

En segundo lugar, a quienes buscan en la fe cristiana cómo orientarse en la realidad les diría que la Ascensión es la última etapa terrenal de una larga historia de amor. El Dios de la Alianza no se limitó a hacer el don de la tierra sino que quiso habitarla para hacer camino junto a su pueblo. En Jesús de Nazaret el mismo cielo baja a la tierra: llegada la plenitud de los tiempos, Dios hace a los hombres el don de su Hijo. Sí, en Jesús, hombre como nosotros, Dios nos enseña cómo quiere que los hombres habitemos la tierra y abramos paso así a su Reino. Pero paradójicamente su Reino no

es de este mundo y hay un último paso de la pedagogía divina que sólo puede dar Él mismo. Era necesario, entonces, que se cumpliera lo que había anunciado el profeta sobre el Mesías: "Él llevaba nuestras enfermedades, tomaba sobre sí nuestros dolores". Qué misterio más grande el de Jesús: la plenitud de la Alianza debía tomar en él forma de cruz, de amor hasta el extremo.

Finalmente, con la resurrección de Jesús el círculo de la pedagogía divina se cierra: en el Cristo resucitado el cielo y la tierra se unen de manera definitiva. En otras palabras, el cielo no es un espacio sino una persona, en quien Dios y el hombre se hacen uno para siempre. La Ascensión nos dice que la humanidad del Señor Jesús, de la que nosotros participamos, ha entrado en la intimidad de Dios de una manera nueva e inaudita: el cielo se convierte así en nuestra tierra definitiva. La Ascensión de Jesús, pues, conlleva la elevación de nuestra humanidad a la altura de Dios. ¿Os podéis imaginar la posibilidad de hacer nuestra aquella humanidad infinita de Jesús que descubrimos en la meditación asidua y orante de los Evangelios?

Y acabo. ¿Cuál es el resumen de lo que he querido transmitir? Simplemente eso: *el cielo es la verdad de la tierra*. Ojalá, hermanos y hermanas, que con el progreso de nuestra vida cristiana podamos reconocer un día, como hizo san Francisco, que nunca estamos tan cerca del cielo como cuando caminamos con Jesús por esta tierra ...